11593

Un poeta y una mujer

UN POETA Y UNA MUGER.

RECUERDO DRAMÁTICO

EN SEIS CUADROS Y EN VERSO.

Su autor

Don José María Diaz.

Esta comedia ha sido aprobada para su representacion por la Junta de censura de los teatros del Reino en 29 de Agosto de 1849.

MADRID.

IMPRENTA DE DON JOSÉ MARÍA REPULLÉS.

Diciembre de 1849.

.....Ni enamoro muger porque no me diga que sí, pues en punto á amores, tengo otra superstición: imagino que la mayor desgracia que á un hombre puede suceder es que una muger le diga que le quiere. Si no la cree es un tormento, y si la cree... ¡Bienaventurado aquel á quien la muger le dice no quiero, porque ese al menos oye la verdad! .....

.....

Tú echas mano de tu corazon, y vas y le arrojas á la primera que pasa y no quieres que lo pise y lo lastime, y le entregas ese depósito sin conocerla. Confias tu tesoro á cualquiera por su linda cara, y crées porque quieres, y si mañana tu tesoro desaparece llamas ladron al depositario, debiendo llamarte imprudente y necio á tí mismo.

M. J. de Larra.

AL EXCMO. SEÑOR

Don José Domingo Diaz.

J. M. Diaz.

669633

PERSONAGES.

María de Toledo.
La baronesa.
Isabel.
Arturo Carbajal.
Carlos de Vargas.
Mariano de Toledo.
Jaime.
Antonio.
Leonor.
Un moro.
Primer elegante.
Segundo idem.
Una gitana.
Primer máscara.
Segundo idem.
Máscaras, etc., etc.

Este Drama pertenece á la Galería Dramática, que comprende los teatros moderno, antiguo español y estrangero, y es propiedad de sus editores los *Sres. Delgado Hermanos*, quienes perseguirán ante la ley para que se le apliquen las penas que marca la misma al que sin su permiso le reimprima ó represente en algun teatro del Reino, ó en los Liceos y demas Sociedades sostenidas por suscricion de los Socios, con arreglo á la ley de 10 de Junio de 1847, y decretos Orgánico y Reglamentario de teatros de 7 de Febrero de 1849.

CUADRO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

El teatro representa uno de los salones de descanso en el de Oriente. Multitud de máscaras atraviesan de un lado á otro; á la izquierda del espectador UNA MÁSCARA *sigue conversacion animada con* ANTONIO, *y por el fondo entran la* BARONESA *y* MARIANO; *aquella elegantemente vestida de valenciana y este de paisano.*

Baron. Qué calor! Jesus mil veces!...
Mar. Tiene usted razon.
Baron. Mariano,
y María?
Mar. No lo sé.
Si viene será un milagro...
no es amiga de estos bailes.
Baron. Qué gusto tan estragado!
Mar. Es verdad!... Cuánto mas luce,
que en esos grandes saraos,
en estos, la gracia, el chiste
del entendimiento claro
de las hermosas! Aquí
la careta es el retrato
del corazon. Bajo un trage
de valenciana gallardo,
en dos trenzas el cabello,
desnudo el torneado brazo...
así como viene usted...
mi Baronesa, es mas grato
decir y menos difícil,
valenciana, yo te amo.
Baron. Donosa declaracion!
Mar. La recibis?
Baron. Será un chasco
de Carnaval...

Mar. Es verdad...
es lo que siento... (*Hace ademan de tomarle la mano.*)
Baron. (*Retirándola.*) Despacio...
Y Arturo?
Mar. El triste poeta?
en el salon le he dejado...
taciturno, melancólico...
(*Ap.*) Siempre por él preguntando! (*Siguen paseando por el salon.*)
Anton. Linda máscara, te engañas...
Másca. Si, te conozco... Cuidado
no te recuerde las horas
que en mas infelices años
del Támesis á la orilla
unidos los dos pasamos...
Anton. Tambien emigraste tú?
Másca. Si fué una especie de pasmo
contagioso el emigrar...
Anton. Desde entonces...
Másca. (*En tono de burla.*) Desengaños,
miseria... infeliz España!
Anton. Te burlas?
Másca. No: recordando
el año de doce ahora...
Anton. Dichoso tiempo!
Másca. Cuitado!...
El mismo... nada aprendiste.
Por ti los dias pasaron
sin novedad...
Anton. Oye, máscara.
Másca. A Dios, á Dios. (*Se pierde en la confusion, seguido de Antonio.*)
Mar. (*A la Baronesa.*) No es estraño.
En cada trenza flotante
de esos cabellos galanos
que parecen hebras de oro
sobre frente de alabastro
lleva usted un pensamiento
de este pobre enamorado.
En esa pintada flor
recuerdo del mes de Mayo

que lleva usted, Baronesa,
sobre el corazon, presagio
que mi existencia va en ella,
mi contento... En esta mano
si llega á tocar la mia...

Baron. Poco á poco...

Mar. Desgraciado!...

Baron. (*Sonriendo.*) Con una mirada sola
le dejaré tan ufano!...
Y Arturo? Le ha visto usted?

Mar. Siempre por él preguntando!...
Qué demonio de poeta!...
Con ese genio tan raro,
sin decir ni por asomo
un requiebro cortesano...
la tiene locá á mi ver...

Más. 1.ª A Dios.

Una Git. A Dios, desgarbao...

Más. 1.ª Viva la sal de Sevilla.

Gitan. Dios te conserve mil años.

Más. 2.ª (*A un elegante.*) Te conozco.

Más. 3.ª Te conozco...
Esta mañana en el Prado
galante estabas á fé...
Ya se ve... Tan bella... Vamos.
Me gusta mucho: es bonita...

Más. 2.ª No la mereces...

Más. 3.ª Ingrato.

Elegan. Máscara, jamas lo he sido. (*Hace ademan de seguirlas: las máscaras desaparecen diciendo:*)

Más. 2.ª y 3.ª No me conoces...

ESCENA II.

DICHOS *y* JAIME *apresurado, que se introduce en el corrillo que han formado algunos* JÓVENES.

Jaime. Qué chasco!

Un Jóv. Qué tienes, amigo?...

Jaime. Qué?
un suceso estraordinario,
un asombro... me parece

mentira y lo estoy contando...
Un Jóv. Vamos, hombre...
Jaime. Estadme atentos.
En el salon, hará un rato,
paseaba yo con Arturo,
y en silencio meditábamos
lo frágil que es nuestra vida,
cuando me agarra del brazo
una máscara muger...
buen olor, finura y garbo:
y otra máscara al oido
de Arturo dice un vocablo
y desaparece... Arturo
se precipita y sus pasos
quiere seguir... Yo me quedo,
y al momento me consagro
á aquella muger hermosa
en la apariencia... Menguado
quien en máscaras se fia
de buen porte y limpia mano!...
Díjela, que era muy bella,
me contestó suspirando...
Díjela, que mas clemente
á mi ruego y mas humano
el corazon á mi amor
premiase el estraordinario
cariño que la tenia...
Díjela, que delirando
por ella, no tengo un sueño
apacible, sosegado...
En fin, cediendo á mi ruego
con mi pecadora mano
lleno de esperanza el pecho
su careta entusiasmado
separé...
Jóv. 1.° Qué tal?... muy jóven...
Jóv. 2.° Era bonita?...
Jaime. Era un diablo...
Negra, sin dientes, sin pelo,
con arrugas... el retrato
de la heregía: pensad
un rostro todo contrario

al de la griega robada
por el príncipe troyano,
y en él la tendreis. (*Una máscara da un pellizco á uno de los jóvenes.*)

Jóv. 2.° Caramba!
Bravo pellizco me han dado!
Vaya una gracia, Gitana...

Gitana. Sino tengo mas...

Jóv. 1.° Muchachos,
un moro, que viene un moro.

Jóv. 2.° A Dios, Muley el soldado. (*Todos le cercan.*)

Jaime. A Dios, Boabdil el chico.

Jóv. 1.° A Dios, tonto.

Jaime. Eso es exacto...

El Mor. Señores, déjenme ir.

Jóv. 1.° No señor.

Jóv. 2.° Venga un abrazo.

Jaime. Seguidle, seguidle todos.

Todos. Abrid á este moro paso. (*Llévanse al moro con grande algazara.*)

ESCENA III.

ARTURO *aparece por el fondo con aire taciturno. Su traje es elegante, su cabeza peinada á la romántica.* LA BARONESA *y* MARIANO *atraviesan de cuando en cuando el salon.*

Arturo. Qué confusion! Cuando todos
dan su existencia al placer
y á la risa, y aqui olvidan
tal vez las penas de ayer...
yo solo para desgracia
conservo en mi corazon
un sentimiento profundo
de amargura y de pasion.
Esos hombres que se mueven...
qué son? qué valen aqui?
Esas mugeres que hablan,
dicen algo para mí?
Sí, que es todo una mentira;
que el amor y la amistad

son sentimientos de lujo
que gasta la humanidad.
Horrible vida es la mia!
Adorando y sin creer
que en este mundo falaz
puede amar una muger.
Olvídese un pensamiento
tan infernal... qué calor!
Me fué imposible seguirla...
Quién sabe si esto es mejor!... (*Se sienta en una banqueta, y al parecer no fija la atencion en nada.*)

Mar. Quiere usted cenar? Ya es hora.
Baron. Qué hora es?...
Mar. Las dos y media.
Baron. Si, que estoy un poco débil...
Búsqueme usted á Marcela...
en el salon estará...
y nos iremos.
Mar. Me espera
usted aqui?
Baron. Por supuesto.
Mar. Hasta despues, Baronesa.
Baron. (*Reparando en Arturo.*)
Calla!... es Arturo... que triste!...
me da compasion de veras...
Arturo. (*Observando que se acerca á él.*)
Quién será? Dios se la lleve
cuanto antes de mi presencia.
Baron. Arturo...
Arturo. (*Bruscamente.*) Qué quieres, máscara? (*Se levanta.*)
Baron. Jesus, qué tono!
Arturo. Paciencia!...
no soy mas amable...
Baron. No?...
pero tan brusco... qué pena!...
Arturo. Qué he de hacer?... Es genio mio...
Baron. Modera tu genio...
Arturo. Empresa
difícil por vida mia...
Baron. Tengo que darte una nueva...

Yo sé que te quieren bien.

Arturo. Da las gracias á quien sea
en mi nombre.

Baron Las daré...
algo mas pidiera ella.
Si fuese...

Arturo. Algo mas?... Y qué?...

Baron. Tu cariño...

Arturo. (*Sonriéndose.*) Qué ocurrencia!...
No se dice al corazon
«*ame usted, que se lo ordenan...*»

Baron. Si supieras tú quién es...

Arturo. Tal vez entonces quisiera
dar por su cariño yo,
ó máscara, mi existencia (*La observa detenidamente.*)
si fueses tú; no, no eres.

Baron. Quién te dice que no sea?
Veamos; mírame bien... (*Le enseña la mano.*)
Acaso mi mano es fea?

Arturo. No es fea... pero no sé...

Baron. Mis ojos, no te alimentan
con ese fuego de amor?

Arturo. Me gustan, mas no me queman.
(*Levantando el tafetan de la carta.*)

Baron. Y mi boca?

Arturo. Linda... hermosa...
Qué dentadura tan bella!

Baron. Gracias á Dios que alabó!...
Quieres un gesto?

Arturo. Hechicera...
Coquetilla...

Baron. (*Con prontitud.*) No por cierto...
Tengo que darte una nueva...
yo sé que te quieren bien...

Arturo. Será una broma...

Baron. Es de veras...

Arturo. Imposible!

Baron. (*Con energía.*) Que lo es!...

Arturo. Basta de burlas.

Baron. Se empeña
en que no le han de querer,

y se ha de salir con ella.

(*A la mitad de esta escena ha entrado en el salon María sola y cubierta con un dominó de listas negras y amarillas, y ha estado observando detenidamente á Arturo y á la Baronesa. Al separarse esta de aquel se acerca con timidez á Arturo.*)

María. No sé por qué me disgusta
esa entrevista...

Baron. Ya llega
Mariano... Hasta luego, Arturo...

Arturo. Anda con Dios. Cuando empiezan
no dejan ni respirar (*Observa á María, que se acerca.*)
las máscaras. Otra nueva!...

ESCENA IV.

MARÍA *y* ARTURO. (*El salon se ha ido desocupando.*)

María. A Dios, Arturo.

Arturo. Quién eres,
que me persigues asi
y despues me dejas?...

María. Quieres
saberlo?

Arturo. Máscara, si.

María. Y para qué?

Arturo. No lo sé...
mas daría por saberlo
mi existencia...

María. Por tu fé?...

Arturo. Hermosa, puedes creerlo.
Máscara, al oir tu acento
mi pecho cobra vigor,
y se pierde el pensamiento
en otro mundo de amor:
en otro mundo brillante
y en esperanzas fecundo,
en que un siglo es un instante...

María. Romántico es ese mundo!...

Arturo. Te burlas?

María. No: que me río...

Arturo. Tienes razon en burlar

este ciego desvarío
del hombre que sabe amar...

María. Te has enojado?

Arturo. Por qué?...

María. De una manera lo dices...
perdona: sin culpa fué... (*Sonriéndose.*)
Si en secreto me maldices!...

Arturo. Qué vale una maldicion
de un hombre sin esperanza?
de un hombre que á su pasion
la recompensa no alcanza?

María. Estás, Arturo, por Dios,
enamorado?

Arturo. Lo estoy.

María. Yo tambien... ya somos dos!... (*Arturo hace un gesto de enfado.*)
Lo ves? Cansándote voy...
Ya se ve!... niña y tan loca... (*Queriéndole alzar el tafetan de la careta.*)

Arturo. Déjame: no haya desden...

María. Quieres mas?

Arturo. Preciosa boca!...

María. Bendígala Dios, amen.
Dime el nombre de esa bella
de tu mente inspiracion;
la que dejó tanta huella
en tu pobre corazon;
la que arrebata ese llanto
á tu musa dolorida;
la que es tu pena y tu encanto;
la que es tu muerte y tu vida...

Arturo. Si te han engañado...

María. No.
(*Ap.*) Este curioso interes...
será que ya le ame yo?...
Pensarlo delirio es!...
dime, Arturo...

Arturo. Qué curiosa!...
Qué ganarás en saber?...

María. Será muy bella!...

Arturo. Es hermosa,
es un angel, no muger...

Maria. Dime el nombre de ese cielo...
Arturo. Lo quieres tú?... lo haré asi...
No tanto lo hago por ti,
y eso que me das consuelo,
ó máscara, como por mí.
Que sin hablar no respiro
de ese angélico tesoro
por el que há tiempo suspiro,
y que en todas partes miro
y en todas partes adoro.
Oyeme pues: dan sus ojos
una luz tan celestial
que al rayo del sol da enojos,
y aromáticos y rojos
sus labios son de coral.
Su frente lánguida, pura,
de la inocencia es el sello:
su finisimo cabello
la gracia esconder procura
del blanco y torneado cuello.
Modesta, descolorida,
melancólica, sufriendo
tal vez del amor la herida,
cada vez que la estoy viendo
me da muerte y me da vida.
Su talle esbelto, divino,
si lleva algun ceñidor,
lo lleva como de amor
un abrazo peregrino...
Su aliento es ámbar y es flor...
Su mano...
Maria. (*Enseñándosela sin guante.*) Es asi, poeta?...
Arturo. (*Con entusiasmo.*) Esta es su mano... lo es...
Maria. (*Ap.*) No sé por qué el alma inquieta...
(*Hace ademan de marcharse.*)
Queda á Dios; hasta despues.
Arturo. (*Deteniéndola.*) Máscara, no, por piedad
no me abandones ahora,
que tu picante bondad
cien encantos atesora...
(*Contemplando la mano.*)
Habrá una mano como ella!...

María. Estás en meditacion?...
Arturo. Te voy colocando, ó bella,
en medio del corazon.

ESCENA V.

DICHOS *y* LA BARONESA *con dominó; la sala va llenándose nuevamente de máscaras. Al final de esta escena deben quedar muy pocas.*

Baron. A Dios, Arturo...
María. Quién es?...
Baron. Qué enamorado y rendido!...
Arturo. Gracias, máscara...
Baron. Ya ves
que mi palabra he cumplido...
Arturo. Tu palabra?... no me acuerdo
por mi vida de tal cosa...
Baron. Ingrato...
Arturo. (*Con enfado.*) La calma pierdo...
déjame en paz, fastidiosa.
María. No: quédate en libertad.
Arturo. Enojada, por ventura?... (*La Baronesa no cesa de distraerlo hablándole al oido.*)
María. No sé...
Arturo. Y es eso verdad?
Ya mi paciencia se apura.
Qué mugér!... Basta, por Dios!...
Por los ángeles te ruego
que al punto...
María. (*En tono de burla.*) Cuál de las dos?...
Baron. Qué ciego vienes, qué ciego!... (*La Baronesa se pierde en la multitud de máscaras que hay en el salon.*)

ESCENA VI.

MARÍA. ARTURO.

Arturo. (*A la Baronesa.*) A Dios.
(*A María.*) Ven acá conmigo,
muger ó angel... Suspiras?...

Bendigo tu voz, bendigo
la mirada con que miras.
En este mundo en que el oro
es el rey de las pasiones,
en que consigue un tesoro
la fé de los corazones...
Ya una mirada no inflama
como ántes al que la via;
ya una voz no enciende llama
como há poco lo encendia...
Que el hombre desengañado
del amor de la muger,
no vive ya apasionado,
porque no puede creer...
Mas tú, no sé lo que brilla
en esa mirada ardiente,
que el pecho débil se humilla
y en adorarte consiente.

María. Y María?

Arturo. Por favor
no turbes mi pensamiento,
que en tí, máscara, mi amor
la mira en este momento. (*María se levanta la careta.*)
María!

María. Silencio, Arturo...
nadie sabe en el salon...

Arturo. Cariño eterno te juro
con todo mi corazon.
Ay!... Sí... qué felicidad!...
Qué son mis penas ahora?
Sueño que no fué verdad...
solo un recuerdo, señora:
sabes tú lo que es sentir,
lo que es en el mundo amar,
lo que es tener que vivir
y un Dios á quien adorar?...
Sabes tú lo que es vertida
una lágrima en la mano
de la belleza querida,
de ese objeto soberano?...
Las riquezas del Perú

nada valen para mi...
Qué mas quiero?... Sabes tú
lo que es adorar en ti?...

Maria. Qué voz! qué ardiente mirar!

Arturo. Este es amor...

Maria. Si; lo creo.

Arturo. Tú asi no sabes amar?

Maria. Por lo menos lo deseo...
Y hace un año...

Arturo. No recuerdes
tus maldecidos amores,
que en tristes afanes pierdes
mis pensamientos de flores...

Maria. Arturo, los olvidé...
que Carlos ya me olvidó...

Arturo. Cuando él te amaba, te amé...
Cuando te olvida, yo no...
Dimé *yo te amo*, María...

Maria. Arturo, es mucho exigir...

Arturo. No ves?... amanece el dia...
que lo pueda bendecir...
Que eleve altiva mi frente,
que al sol mire esplenderoso
y pueda esclamar... «detente,
pára, ó sol, que eres hermoso.»
Tú iluminaste el primero
destello de mi alegría,
tú eres un sol hechicero,
un digno padre del dia.
Dime *yo te amo* una vez...

Maria. Te amará mi corazon...

Arturo. Ya no es tanta su esquivez...
Es un cielo este salon! (*Arturo da el brazo á María.*)

FIN DEL CUADRO PRIMERO.

CUADRO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Gabinete de Arturo: un estante de libros; una mesa con papeles en el mayor desorden. ARTURO *leyendo junto á esta.* ISABEL *con un tomo de las obras de Figaro, al lado de la chimenea.*

Arturo. «Corazon que no has amado,
tú no sabes el dolor
de un corazon acosado,
carcomido y desgarrado
por amarguras de amor.»
«No sabes cómo se llora
con ese llanto que quema,
con la noche, y con la aurora,
con ese sol que colora
en la frente un anatema.»
«Se llora con el placer,
se llora con el pesar,
con el recuerdo de ayer,
y mañana... hay que llorar
si nos ama una muger.»
«Tú, velado á la tormenta
de borrascosa pasion,
no sabes cómo se aumenta,
cómo inflamada revienta
la pena en el corazon.»
«Cómo le devora eterno
ese esperar indeciso,
cómo abrasa el fuego interno
de tener hoy un infierno
donde estuvo un paraiso.»
«Amar y no ser amado!
Sentir y no consentir!
Morir viviendo olvidado!

Morir por haber amado
y no poderlo decir!...»
«Bullir en el pensamiento
el bello ser de otro ser...
Y ese roedor tormento,
que hemos bebido en el viento,
en la voz de una muger!...»
«Si; mis oidos la oyeron,
mis ojos la contemplaron,
era hermosa y la creyeron...
Mis oidos me mintieron
ó sus ojos me engañaron.»
Esto si que es... trovador!
Esto se llama sentir...
y en otro mundo virir
de ilusiones y de amor...
En otro mundo escondido
allá en su inspirada mente
donde se llora y se siente...
do nada se echa en olvido!...
Niño y vate... en galardon
qué puedes apetecer?
Riquezas? ah! no. Si á ser
llegáras un Calderon!...
no valiera mas, doncel,
no fuera mayor tesoro
que una diadema de oro
tu corona de laurel?...

Isabel. Qué haces, Arturo?

Arturo. Leyendo
un trozo de poesía
que vale mas, madre mia,
que lo que estoy escribiendo...
Y es tan grande su primor,
que casi me avergoncé
de mi cancion, y taché
de necio y frio á mi amor.

Isabel. Qué, tan enamorado estás?

Arturo. Ya no es amor, es locura.

Isabel. Lucura?

Arturo. Es tal su hermosura...

Isabel. Que por ella morirás?...

:

Arturo. Morir viviendo ni madre...
ni decírmelo debiste.
Isabel. Vivia tambien ¡ay triste!...
cuando se mató tu padre...
Arturo. A qué recuerdas, señora,
la muerte del pobre viejo?...
Isabel. Su desgracia es un consejo
que te da tu madre ahora.
Arturo. No le imagino olvidar,
que le tengo muy presente...
Isabel. Un alma que mucho siente,
se suele, Arturo, estraviar...
Si quieres creer, ó niño
en amor, á mi esperiencia,
quiere, Arturo, con prudencia,
y no con mucho cariño.
Que no hay muger en el mundo
que merezca por muger
ese constante querer
tan agitado y profundo...
Arturo. No conoces á Maria,
tan bella, tan inocente,
modesta, pálida frente...
Isabel. De engañar tendrá su dia...
Arturo. Esa plática dejemos...
Concluyamos la cancion...
Tengo fé en su corazon;
de cuanto digan burlemos...(*Se sienta y escribe.*)
Isabel. Es mucho Fígaro!...
Arturo. (*Reflexionando.*) Qué?
este consonante en *uma*...
Motezuma, bruma, pluma...
Gracias á Dios le encontré!...
Isabel. (*Leyendo.*) Ay! cómo nos conocia...
infeliz! con su talento...
Diabólico pensamiento...
hasta de él mismo reia!...
Arturo. Victoria, victoria... bueno. (*Se levanta.*)
Isabel. (*Se levanta.*) Qué tienes?
Arturo. (*Se acerca á la mesa y corrige* etc.) Bravo desli
Soy el hombre mas feliz!...
estoy de alegria lleno...

Isabel. Qué tienes?
Arturo. He concluido
para mi adorada bella
una amorosa querella
que vale...
Isabel. Tiempo perdido!...
Quieres leérmela?
Arturo. Sí...
leeré el final y no mas...
que es...
Isabel. Muy larga...
Arturo. Por demas...
Isabel. Empieza, pues...
Arturo. Dice asi... (*Lee.*)
Esa tinta de azul que en torno ciñe
el sol brillante de tus pardos ojos;
ese color que tus megillas tiñe
pálido, el ámbar de tus labios rojos;
tu fina y odorosa cabellera,
tu mano de marfil, tu hermosa frente,
la risa de tus labios hechicera
que llega al fondo de mi pecho ardiente;
ese puro de amor nevado seno
de ese vendado Dios mansion guardada,
fecundo manantial de amores lleno,
tal vez de tu pasion triste morada;
ese talle gentil, aéreo, leve,
el pie que huella las nacientes flores,
y las pisa feliz, sin que se lleve
su gallardía en él ni sus colores...
no son el pie, los ojos y la frente,
el cabello, el reir, el talle, en suma,
esa belleza mágica, elocuente,
que dió vida del mar la blanca espuma?
Los hombres un altar la levantaron
que ha devorado el tiempo en su camino,
y en santa adoracion la consagraron
bosques y templos como á ser divino...
Tú tienes un altar que no hace alarde
de galas y oro, ni pomposas flores;
pero un altar que acabará muy tarde...
mi corazon la fé de mis amores.

Te gusta, mi madre?

Isabel. Si;
mas yo te quiero leer
de Fígaro el parecer
en cierto asunto.

Arturo. Por mi
no te molestes.

Isabel. Escucha,
que es cosa muy de notar
por lo rara y singular.

Arturo. Grande seria la lucha
de su pobre corazon
cuando al fin... perdida gloria...
demos llanto á su memoria
y un poco de compasion.

Isabel. (*Leyendo.*) «Tú echas mano de tu corazon, y vas y le arrojas á la primera que pasa y no quieres que lo pise y lo lastime, y le entregas ese depósito sin conocerla. Confias tu tesoro á cualquiera por su linda cara, y crées porque quieres, y si mañana tu tesoro desaparece llamas ladron al depositario, debiendo llamarte imprudente y necio á ti mismo.»

Arturo. Pobre Fígaro!... es verdad!...
Qué silencio!... y es cantor
de Macias y escritor
de tanta facilidad!...
Una corona dejó
en sus obras... con orgullo
su talento... ni un murmullo
de aplauso, ó madre, se oyó...

Isabel. Aplauso?

Arturo. Un aplauso, si:
madre mia, no te asombre:
le pido para su nombre,
que es nombre de gloria aqui.

ESCENA II.

DICHOS. ANSELMO.

Anselm. Señorito... don Mariano.

Arturo. Que pase adelante, Anselmo.

ESCENA III.

ARTURO. MARIANO. ISABEL.

Mar. Señora, á los pies de usted.
Arturo. Oh! Mariano...
Isabel. A Dios, Toledo.
Qué tal la mañana?
Mar. Infame.
Un frio... estás escribiendo?...
Alguna trova de amores...
Arturo. Calla: tú qué entiendes de eso?...
Mar. Estos poetas, señora,
se figuran que los legos
no deben ni preguntar
si es madrigal ó soneto
lo que escriben... ya se ve!...
todos tienen tan mal genio!...
Isabel. Déjele usted... Si son locos:
acérquese usted al fuego...
Va usted al Prado despues?
Mar. Por supuesto.
Arturo. (*En tono de burla.*) Por supuesto.
Mar. Cómo habia de faltar...
Arturo. Fuera un crimen estupendo
de parte de un elegante,
y notable desacierto...
Mar. Si yo me divierto allí!...
Tú pasas alegre el tiempo
con tus versos; yo le ocupo
con mas gusto en el paseo.
Arturo. De dónde vienes, Mariano?
De ver al querido objeto
de tu corazon?
Mar. Es claro...
con alma y vida la quiero...
Isabel. Muy bien, Mariano. Es usted
feliz con amor tan recio?...
Mar. No lo sé: cuando me mira
con los ojos placenteros
palpita mi corazon
de tal modo, que no puedo

contestar á sus palabras...
Cuando me mira con ceño,
pobre de mí! desgraciado
cual ninguno me contemplo.

Arturo. Pobre de tí! Cuántas veces
te sucede lo primero?

Mar. Qué?

Arturo. La mirada apacible.

Mar. Muy pocas veces.

Arturo. Lo creo...
Pobre de tí!...

Mar. No te burles...

Isabel. No le haga usted caso.

Mar. Bueno...
Seguiré, doña Isabel,
tan saludable consejo...
Qué tiene usted en la mano?...
Un libro?...

Isabel. Sí; qué hay de nuevo?

Mar. Nada notable; que siguen
los facciosos en el reino...
y desde Madrid los mira
con gran confianza el gobierno.
Yo, por mí... qué se me da!...
Con aquellos y con estos
ha de haber sastres y modas,
y amorosos devaneos,
y billetitos de amor...
Ahí está mi dicha; en eso...

Isabel. Es usted muy egoista...

Mar. Egoista?... ni por pienso.

Isabel. Es muy poco patriotismo...

Mar. Peor es tener empleo
y pensar asi... destino?...
ni le pido, ni le quiero.
Asi pudiera soltar
el grave y terrible peso
de la milicia. Mañana
el adorado embeleso
lucirá sus atractivos,
y entre tanto... Santos cielos!
me desespero al pensar

que yo junto á Recoletos
á pique de chamuscarme
haré ejercicio de fuego...
Esto es fatal!...

Isabel. Sí;... lo es...

Mar. Arturo.

Arturo. Qué quieres?

Mar. Tengo
que darte una buena nueva...

Arturo. En cambio te haré un soneto.

Mar. Mañana llega...

Arturo. Quién?

Mar. Carlos...

Arturo. (*Deja precipitadamente la mesa en que escribia.*)
De veras?

Mar. Mira...

Arturo. Qué leo?...
Viene á casarse con ella?...
Me habrá engañado?

Mar. Sospecho...
que no te agrada...

Arturo. Si tal,
que es amigo verdadero.
Vamos á tu casa?...

Mar. A qué?
Yo voy al Prado...

Arturo. Recuerdo
que di palabra á María
de verla antes del paseo...
(*Ap.*) María, me engañarás?
Destruirás en un momento
las ilusiones de un año?...

Mar. Como quieras.

Arturo. (*A Isabel.*) Hasta luego...

Isabel. Te esperamos á comer?

Arturo. Si he de vestirme...

Isabel. Toledo,
á Dios.

Mar. A los pies de usted...

Isabel. A Dios: sigamos leyendo.

ESCENA IV.

ISABEL.

(*Lee.*) «El dia 23 es siempre en mi calendario dia de desgracia, y á imitacion de aquel gefe de policia ruso que mandaba tener prontas las bombas la víspera de incendios, asi yo desde el 23 me prevengo para el siguiente dia de sufrimiento y de resignacion, y en dando las doce, ni tomo vaso en mi mano por no romperle, ni apunto carta por no perderla, ni enamoro muger porque no me diga que sí, pues en punto á amores, tengo otra supersticion: imagino que la mayor desgracia que á un hombre le puede suceder es que una muger le diga que le quiere. Si no la cree es un tormento, y si la cree... Bienaventurado aquel á quien la muger le dice *no quiero*, porque ese á lo menos oye la verdad!...»

Perdida ya la ilusion
no existe felicidad...
y esto que dice, es verdad?...
Creo que tiene razon...

FIN DEL CUADRO SEGUNDO.

CUADRO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Sala en casa de María.

MARÍA. LA BARONESA.

María. Ya ves si soy franca...
Baron. Sí.
María. Asi comenzó su amor,
y como era natural
de dia en dia creció...
Baron. Le quieres mucho?
María. No sé...
Si te abro mi corazon
con la franqueza de amiga,
verás la lucha feroz
que á todas horas destruye
mi esperanza y mi ilusion...
Baron. Te quiero tanto...
María. Es verdad...
he de referirte hoy,
ó Baronesa del alma,
la funesta situacion...
Cuando Arturo me pintaba
con su hablar encantador...
ese mundo de esperanzas
que en su mente se creó,
ese mundo de ilusiones
que en su entusiasta fervor
la pobre existencia mia
de cien venturas sembró,
yo le oía, Baronesa,
tan feliz de oir su voz,
que no cambiaba mi suerte
por nada en el mundo... no.
Siguió diciéndome amores,
y el alma tambien siguió

encadenada á su acento
como un reo en su prision.
Y esta aficion hácia él...
tanto á amor se pareció...
que yo misma lo creí...
que aún lo creo por Dios...

Baron. Qué? no le amas?

Maria. No lo sé...
Ayer mismo recordó
aquella noche en que hizo
su dulce declaracion...
y al oirle... la ternura
del pensamiento de amor
que en este recuerdo triste
para su vida empleó...
al escuchar de su boca
que es la belleza una flor
con aromas, cuando quiere,
y sin fragancia y color
cuando de su tierno pecho
el odio se apoderó...
yo creí que le adoraba
con todo mi corazon...

Baron. Y le amarás...

Maria. No lo sé...
te lo digo sin temor
de que vendas mi secreto,
que eres mi amiga...

Baron. Lo soy.

Maria. Apenas de mí se aparta
y no escucho su clamor,
ni miro el rostro sombrío
que á tratarle me escitó...
me acuerdo muy pocas veces
de mi amante trovador...
mas cuando leo sus versos
de tanto fuego y pasion,
y las palmadas que suenan
de mi Arturo en derredor,
escucho... mi Baronesa,
renace aquella aficion,
y nadie en el mundo tiene

tanto derecho á mi amor.
Yo miro á mis pies el mundo...
entonces tan alta soy
en poder y gentileza,
y tantas mis gracias son,
que un templo fuera preciso
que alzára el mundo en mi honor.
Baronesa, si leyeses
los versos que me escribió...
Cuánta ternura!... Qué triste,
qué melancólico el son
es de su dorada lira!...
Algunas veces corrió
por mis megillas el llanto
de oir leer su cancion.
Allí su alma embebida
en otro mundo mejor
dilatándose... su mente
en misteriosa oracion
adorando... hasta la sombra
de la hermosa á quien oyó,
quizá por la vez primera,
un *yo te amo*, trovador...
En esa cancion sombría
que há dos meses me escribió,
hay tal verdad, sentimientos
tan hondos del corazon,
que no es Arturo un mortal
en el mundo, sino un Dios...
Pues bien, estas ilusiones...
este hablar despareció
desde el momento que supe
que Carlos llegaba hoy...
Esta nueva no esperada
á conocer me enseñó
que la inquietud de mi pecho
que yo apellidaba amor,
fosfórica llama fué
que un solo instante alumbró...
Y ahora, qué debo hacer?...
Cómo decirle... señor...
mi cariño fué mentira,

fué mentira mi pasion?

Baron. O María, dilo, sí,
que no es digno el trovador
de que le engañen. Si franca
disipas esa ilusion
y esa esperanza que tiene
en tu cariño, el dolor
un mundo nuevo dará
á su ardiente inspiracion.
Acabará su arrebato,
y un sentimiento mejor,
porque es mas dulce, mas triste,
calmará su agitacion...
Pensamientos melancólicos
de dulcísimo sabor
una nube formarán
de luto á su alrededor.
Esa nube será hermosa
para él, que en su afliccion
será el recuerdo de un dia
de ventura que pasó.
Entonces tal vez de enmedio
de ese animado monton
de bellezas que en la corte
vestidas con gran primor
si ostentan lujo en el trage,
y aqui la satisfaccion (*Señalando la casa.*)
de una alegría que nunca
su corazon abrigó,
del alma en el fondo tienen
la vergüenza de un amor
conocido y despreciado
tal vez por quien le encendió,
alguna responderá
á su solitaria voz.

María. Y esa alguna... serás tú,
mi Baronesa.

Baron. (*Turbada.*) Quién? yo?
De qué lo infieres, María?...
No es mas que suposicion...
No le amas tú?...

María. No lo sé...

lo que me ha dicho, por Dios, (*Aparte.*)
mi orgullo ha mortificado...

Baron. (*Ap.*) Tú no le amas?... Ya que no
consiga yo su cariño,
he de atormentaros... Oh!

ESCENA II.

MARÍA. LA BARONESA. UN CRIADO.

Criado. El señor de Carbajal
y el señorito...

Baron. Los dos?
Empiece ya mi venganza...

Maria. Entren al punto, Muñoz.

ESCENA III.

MARÍA. LA BARONESA. ARTURO. MARIANO.

Mar. Hermosa, por vida mia,
está usted hoy, Baronesa!
A Dios, prima...

Baron. A Dios, Arturo.

Arturo. (*Despues de hacer una cortesía á la Baronesa.*)
María... (*Ap.*) Siempre tan bella!

Maria. Está usted triste?

Mar. No tal;
si es su genio esa tristeza.
Ustedes lo saben bien.
Jamas Arturo se alegra
aunque á su lado se halle
la mas singular belleza.
Yo no: nada mas sabroso
para mí que una hora ó media (*Mirando á la Baronesa.*)
junto á la hermosa que se ama.

Baron. Galantería como ella
habráse oido en el mundo!
Qué amable es usted!... Quisiera
poder contestar ahora...

Mar. (*A la Baronesa.*) Si no es en usted molestia,

y no es peticion estraña,
conteste usted cuando quiera.
Baron. (*Sonriéndose.*) Asi lo haré...
Mar. Qué mirada!
Bendita mil veces seas!...
Arturo. Pobre Mariano!...
Baron. (*Mirando á Arturo.*) Insensato!...
Ignora lo que le espera...
Qué embebido en contemplarla!...
Arturo. (*Ap.*) Está María hechicera!
Maria. (*Ap.*) Con qué ternura me mira!
Infeliz!
Baron. (*Ap.*) Cuál se deleita
en contemplarla el ingrato!...
(*A Arturo.*) Qué tiene usted?...
Arturo. Baronesa,
sabe usted que es mi carácter.
Baron. Cuando una pasion se alberga
allá en el fondo del alma...
Arturo. Cuando una pasion alienta,
y hay pasion y sentimiento
y verdad, calla la lengua
y hablan los ojos, señora.
Baron. A qué viene esa aspereza?
Qué semblante tan sombrío!
Arturo. No puede estar muy risueña
la cara, si el corazon
abriga mortal sospecha...
Baron. Sospecha usted de su dama?
Responda usted sin reserva.
Maria. (*A la Baronesa.*) Baronesa...
Baron. (*Sonriendo.*) Es una chanza.
Arturo. Es una chanza ligera...
Baron. Sospecha usted...
Arturo. No lo sé...
Maria. Por qué en saberlo te empeñas?
Baron. La curiosidad no mas.
Arturo. Curiosidad!...
Maria. No paseas?
Tu coche ha venido ya...
Baron. Es muy temprano...
Maria. (*Ap.*) Paciencia!...

Qué hora es?

Mar. No son las tres...

Baron. La diligencia no llega...

Mar. Hasta las cuatro; se entiende
si los facciosos la dejan...

Baron. Hoy tal vez llegue mas pronto...

Arturo. Quién viene en la diligencia?...

Baron. Su amigo de usted...

Arturo. Ignoro...

Baron. Carlos de Vargas Gurrea.

Arturo. Nada sabia: me alegro.

Baron. Esa es amistad sincera...

Maria. Dónde te sirves de guantes? (*Procurando distraer la conversacion.*)

Baron. En Paris.

Maria. (*Examinando los guantes.*)
Es piel muy buena.

Baron. No sabe usted la noticia?

Maria. A tres francos?

Arturo. Y qué nueva?...

Baron. Se casa Carlos!

Arturo. Con quién?

Baron. Con quién ha de ser? Con esta...

Maria. Y he dicho sí por ventura?
Sin mi permiso... Qué pena!

Arturo. Oh! será escelente boda...
Doy á usted la mas completa
enhorabuena, María.

Mar. Señora, que es ya muy cerca
de las tres y media.

Baron. Vamos.

Arturo. (*Ap.*) Bendita, Dios, tu clemencia.

Mar. Dejaré á usted en su coche...

Baron. A Dios.

Mar. A Dios, Baronesa.

Baron. Ya dejo en su corazon
clavada una horrible flecha.

Maria. Con sus palabras el alma
recobró en su antigua fuerza
la aficion que le tenia...
Si le amaré yo de veras!...

ESCENA IV.

MARÍA. ARTURO.

Arturo. Tardaba ya por mi vida
la Baronesa en partir...
Tengo tanto que decir
y el alma tan afligida,
que si callo he de morir.
Maria. Qué tienes, Arturo?
Arturo. Qué?
No sé lo que tengo, y sé
que está el corazon lloroso
con un recuerdo espantoso,
María; de lo que fué...
con un recuerdo feroz,
que si mi vida atormenta,
tambien mi vida alimenta,
mas terrible que la voz
del Señor en la tormenta.
Maria. Tan poco fias de mi...
que me callas tu pesar?
Arturo. Yo te amo desque te vi...
Maria. Y hay quién te pueda olvidar
oyéndote hablar á ti?
Qué tienes?
Arturo. Sabes lo que es
amor y olvido despues
del amor? lo que es temor
de perder uno su amor?
Con esto mi pena ves...
Maria. Tienes celos?...
Arturo. Y en tenellos
me faltaria razon?
Maria. Qué es falso mi corazon?...
Arturo. Son tus hechizos tan bellos
que envidia de todos son.
Carlos llegará mañana.
Maria. Si me olvidó Carlos ya...
de mi no se acordará.
Arturo. Si te encuentra mas galana
su pasion renacerá.
No consagraste á él

ni una vez tu pensamiento
desque partió?...

Maria. No te miento...
alguna...

Arturo. (*Ap.*) Envidio, ó doncel,
tu suerte en ese momento.

Maria. Por Dios mi felicidad
con un recuerdo, mi Arturo,
no turbes...

Arturo. (*Triste.*) Y eso es verdad...
todavía...

Maria. Yo te juro...

Arturo. No me jures por piedad...

Maria. Arturo, me has de creer...
cuando me miro á tu lado
me olvido de lo pasado,
mi vida toda es placer,
es un bien que Dios me ha dado.
Nadie como Arturo siente;
nadie me pinta el amor
con delirio tan vehemente;
si el dolor está presente
á tu voz huye el dolor.
Tú mitigas con tu acento
la pena del pecho mio,
que á tu lado está contento...
Bajo ese rostro sombrío
tienes tanto sentimiento!...
De ese Carlos el cariño
fué solo un juego de niño
que no llegó á ser amor...
Qué vale su noble aliño
al lado del trovador?...

Arturo. (*Con entusiasmo.*)
Si, á su voz el viento suena,
y en huracan espantoso
que al mundo de asombro llena,
derriba la altiva almena
del alcázar poderoso...
Y el mar á su canto acalla
su alzado y violento empuje
y los vientos avasalla,

y al trueno que horrible cruje
y al rayo que ardiente estalla.
Y con su mano arrogante
arranca un nombre á la historia,
y al siglo que está delante
presenta un siglo distante,
pero fecundo de gloria.
El poeta! Sí, María...
Sin el poeta qué son
lo que se llama ilusion,
ternura, melancolía,
amor en el corazon?
Sin Petrarca, qué seria
su Laura en el mundo ya?
Ninguno se acordaria
de que esa muger vivia
del gran Petrarca en la edá...
Mas ahora, quién el canto
de ese poeta al oir
no acaba por bendecir
á Laura, que fué su encanto,
la que le obligó á sentir?
Ah! María, por favor
quiéreme como á tu vida...
quizás deberá á tu amor
esta edad tan corrompida
un sublime trovador.

María. Arturo, dudas de mí?...
Por qué no me has de creer?...

Arturo. No tengo confianza en tí...
que es mucho mi amor...

María. (*Sentida.*) Y así
me ultrajas?

Arturo. Eres muger...

María. Escrito está de mi mano
que eres el bien de mi vida.

Arturo. Es verdad, prenda querida,
pero una carta...

María. Inhumano...
me tienes muy ofendida...

Arturo. (*Con arrebato.*) María... lloras? María!...
yo no te quiero enjugar

esa lágrima... es manchar
la hermosa perla que cria
y á su orilla arroja el mar.
Dame tu mano... Blasonas
de vengativa tambien? (*Se la besa.*)

María. No la beses.

Arturo. Me perdonas?...
Si se acaba tu desden,
ó bella, mi amor coronas... (*La besa de nuevo.*)

María. Quieres mas?

Arturo. O mi señora!
Reina de mi pensamiento,
el angel que Arturo adora...
á Dios, á Dios...

María. Vas contento?...

Arturo. Que venga Carlos ahora.

ESCENA V.

MARÍA.

Es imposible!... no puedo...
tal influjo tiene en mí,
que con solo una mirada
mi plan supo destruir.
Y esto es amor?... no lo es...
Si de él apenas me acuerdo
cuando ausente, y á su lado
el tiempo en oirle pierdo!...
Si llegaras pronto, Carlos!...
Tengo tal gana de verte...

ESCENA VI.

ARTURO. CARLOS. MARÍA. (*Carlos, de camino.*)

Carlos. (*Dentro.*) Querido Arturo!...

María. Dios mio!...

Carlos. (*Dentro.*) Hallarte fué mucha suerte...
Abrázame, buen poeta.
Estás delgado. (*Entran en la escena.*) María...

María. (*Al precipitarse en los brazos de Carlos se encuentra con Arturo y queda inmóvil.*)
Querido Carlos!... Gran Dios!

Arturo. Qué bien acaba este dia!

FIN DEL CUADRO TERCERO.

CUADRO CUARTO.

ESCENA PRIMERA.

La misma decoracion del cuadro anterior.

MARÍA. CARLOS.

Carlos. Ven, María; ya lo sabes.
Amor te juro de nuevo
esta noche en el altar.
Disipada en un momento
aquella horrible sospecha...
María. Sí, mi Carlos; yo te creo.
Si algunas horas tu amor
pude olvidar para el pueblo,
aquí dentro... el corazon
te idolatraba en silencio.
Tú fuiste, Carlos del alma,
tú fuiste el amor primero
de esta infelice muger...
en tí contempló su cielo...
Carlos. Esas nubes que el color
de ese cielo oscurecieron
se disiparon, María,
con una palabra. El tiempo
para averiguar verdades,
testigo el menos espuesto,
justificó mi conducta.
Y todo, por qué? El recuerdo,
acibara todavia
el placer que esperimento
al lado del bien que adoro...
Pero ya acabó. Dejemos
el mal que ya se pasó
por el bien que poseemos...
María. Tienes razon.
Carlos. Y entre tanto

en este Madrid, en medio
de la culta sociedad,
los bailes y galanteos...
Maria. No lo creas.
Carlos. Por qué no?
alguna vez los primeros,
y los segundos tambien...
Piensas tú que soy tan necio
que imaginando locuras
imagine hasta el estremo
mi felicidad? que crea
que estando yo ausente y lejos,
con mucha hermosura tú,
y tambien con muchos celos,
habrás pasado la vida
en tanto recogimiento
que renueves la memoria
de las monjas? Indiscreto
por demas, bella María,
tu Carlos fuera en creerlo.
Tengo razon, mi señora?
No te ofendas...
Maria. No me ofendo.
Y he de pagar tu franqueza
con otra mayor.
Carlos. Sospecho
que vas á hablarme de amores...
Maria. Tienes razon.
Carlos. Y mi puesto...
le ocuparon dignamente?
Maria. Carlos mio!... Te confieso
que distraje mis afanes,
que quise arrancar del pecho
tu imagen, que me mataba,
tu imagen, que estaba viendo
á mi pesar cada hora,
Carlos, en todos momentos...
Pero en vano... Cada dia
crecia mi amante fuego,
que para aumentar amor
no hay cosa como los celos,
cuando se quiere con alma,

no cuando amores fingiendo
se inventa enojos y rabia
solo por hacer que hacemos.
Si vieras cuánto temia
por tu vida... Cuánto temo
que todavía se estorbe
nuestro cercano himeneo!...

Carlos. Temor!... Y de qué, María?...
Envidien nuestro contento...
esos mismos que apurando
botellas de buen burdeos
en esa estancia contigua
celebran nuestro concierto
de amores. No los has visto?
Sus goces mas placenteros
los cifran en apurarlas.
Tal vez se rien los necios
de un placer que no conocen,
de un bien que no poseyeron... (*Le besa la mano.*)
Sin embargo, no has notado
la tristeza de uno de ellos?

María. No sé: todos tan alegres
los he visto... no recuerdo...
Con la Baronesa el Conde...
conquista nueva por cierto!...
Anita, con el de Luna,
con la Marquesa, Toledo...
Mariano, Ventura, Enrique...
Vamos, Carlos, no me acuerdo...

Carlos, Sí, María, y es mi amigo,
el amigo que mas quiero...
á costa de mi ventura
quisiera favorecerlo
con tanta felicidad
como para tí deseo.

María. No sé...

Carlos. Arturo Carbajal...
No viste su horrible ceño
mientras comia? No viste
su distraccion, y su aspecto
sombrío?...

Maria. (*Ap.*) Infeliz Arturo!...
Carlos. Qué tendrá?...
Maria. Decir no puedo
qué cosa le aflige... há dias
que yo no le hablo...
Carlos. Confieso
que me ha sorprendido. Antes
no era bullicioso, es cierto...
triste siempre, taciturno...
indicios daba tremendos
de que allá en su corazon
se agitaba un sentimiento
de tan profunda amargura,
que trocaba en desconsuelo
el placer de su existencia...
Maria. (*Enternecida.*) Pobre Arturo!
Carlos. Cuando lejos
de la sociedad los dos
juzgábamos devaneos
los amores de los hombres...
cuando yo menos severo,
menos justo, le decia,
que el peligro de mas peso,
de mas valor en amores
era solo un casamiento...
Arturo me replicaba:
«Tú, Carlos, no entiendes de eso.
Hay amores en el mundo
que cuestan todo un infierno.»
Mas á pesar de ese dicho
le via tal vez risueño
festejar á las hermosas...
y sobre todo no puedo
olvidar, que nunca, nunca
le culpé de descontento
con mis dichas...
Maria. Pobre Arturo!...
Carlos. Si enamorado...
Maria. Tal creo...
Carlos. La Baronesa...
Maria. Quién sabe?
Esta plática dejemos.

ESCENA II.

MARÍA. CARLOS. LA BARONESA.

Baron. Jesus y qué baraunda!
Maria. Qué ha sucedido?
Baron. Ahi es nada...
Una disputa terrible
sobre derechos que llama
imprescriptibles tu padre...
Carlos. En tocándole en la llaga...
Baron. Con el Conde es la disputa...
Carlos. El Conde, que es tan machaca,
le habrá dicho que no es moda
pensar asi: que ya cansan
esas doctrinas añejas
del año doce.
Baron. Ya escampa!
Le ha dicho que fueron locos
aquellos que proclamaban,
como sagrado principio,
la soberanía santa
del pueblo; que esa doctrina
no era mas que una antigualla
del siglo anterior; que sobra
para bien de nuestra patria
unas córtes en dos cuerpos...
Tu padre entonces se afana
por probar al Condecito
que nada en el mundo, nada
como unas córtes que sirvan
de cortapisa al monarca,
solas y sin el senado,
que para nada hace falta...
De aqui, María, ¡Dios mio!
un alboroto se arma
de gritos y de razones,
de murmullos y palabras,
que nadie se entiende... Carlos,
yo me salí fastidiada.
Ya se ve, si los señores
del dia dan en la gracia

de hablar de negocios siempre,
y la flor que nos regalan
es la aclaracion de un hecho,
una lid parlamentaria
ó una alusion personal,
mejor se estan en su casa
sin venir á las agenas
á fastidiar á las damas.

Maria. Tienes razon...

Baron. Qué mania !...
es ya un contagio.

Carlos. (*Ap.*) Caramba!
las seis.

Baron. Qué hora tiene usted?

Carlos. Baronesa, las seis dadas...

Baron. Pues otro mocito alli
está divertido... Vaya!
Qué ceño! qué palidez!

Maria. (*A la Baronesa ap.*) Por Dios, Baronesa, calla.

Baron. No es un delito estar triste...
eso depende del alma.

Carlos. Quién?

Baron. Arturo... Si le vieras...
Por mi vida que da lástima!...
Qué amores tan sin provecho!
mal correspondidas ansias!

Maria. (*Ap.*) Pobre Arturo!

Carlos. Sabe usted
quién es de su amor la causa?...

Baron. A saberlo... lo diria...

Carlos. Si fuese usted!...

Baron. Qué bobada!
Él quiere amores románticos,
de esos amores que matan
con el aliento; que ofrecen
un sepulcro y una palma
con su cruz correspondiente...
á la belleza que aman...
Que buscan á las mugeres
sin colores en la cara,
ojos grandes, moribundos,
amarillas, tristes, flacas...

esqueletos que se pierden
en un mundo de esperanzas
que cuando son realidades
en cien crímenes se cambian.
Obsérveme usted despacio...
Soy yo la que él idolatra?

Carlos. Chistosa por cierto...

Baron. Sí;
(*Ap.*) es la sed de la venganza
que satisfecha no está...
Ya por lo pronto se casan.
(*A Carlos.*) Mírele usted...

Maria. Cómo viene!

ESCENA III.

MARÍA. LA BARONESA. CARLOS. ARTURO.

Carlos. A dónde vas?

Arturo. Meditaba
sobre un asunto importante
de mi vida.

Carlos. (*Ap.*) Estrafalaria
es por demas. (*A Arturo.*) En qué dejas
del otro cuarto la zambra?

Arturo. Abismado en reflexiones
no sé lo que disputaban.

Maria. (*Ap.*) Será verdad que en su pecho
tan hondo el cariño labra
que no piense mas que en mí?...

Baron. (*A María.*) Sabe ya?... Sino...

Maria. Escusada
conversacion. Se lo han dicho...
No he sido yo...

Baron. Por qué causa?

Maria. No le hablo hace muchos dias,
que el verle solo me rasga
el corazon.

Baron. Niñerías...
Temes por su vida? Vaya!
No hay tanto amor en el mundo...

Carlos. (*A Arturo.*) Así es mejor...

Arturo. Si te agrada
testigo menos sombrío
en tus bodas...
Baron. (*A Carlos.*) Me acompañas...
el señor, es el padrino?
Carlos. Tal vez; á Dios, prenda amada.
Maria. (*Ap. á Carlos.*) Dónde vas? (*Carlos habla brevemente en secreto con María.*)
Baron. Á Dios, María.
Maria. Me dejas sola?... Inhumana!...
Baron. Qué temes del que te amó?...
Por última vez se hablan.
(*Carlos da el brazo á la Baronesa y salen juntos de la escena.*)

ESCENA IV.

MARÍA. ARTURO. (*Momentos de silencio.*)

Maria. Arturo...
Arturo. Qué me quieres?
Maria. No me mires
con desprecio, por Dios.
Arturo. Súplica santa
que en ella está tu juez...
Maria. Él me conoce...
Arturo. Él te conoce, si... (*Momentos de silencio.*)
Maria. Triste silencio!...
Ni una palabra para mi.
Arturo. Maria...
no debemos hablar... yo te lo ruego...
Puede haber mas amor?... Si no se turba
esa ventura que te embriaga hoy dia
con un recuerdo triste y lastimoso
de lo que fué y no es; con la memoria
funesta y melancólica y sombría
de un amor que ilusion era en tu pecho,
y que en el mio, poderoso y grande,
era mi corazon para él estrecho;
si no se turba encantador, lozano,
el porvenir de tu existencia, entonces
podremos juntos en la horrible llaga
del pecho mio colocar la mano.

Podremos desgarrarlo todavía,
que aun se puede mas.

María. Arturo!...

Arturo. Escucha:
Una palabra para tí pediste?
Y cuál es? Y cuál es esa palabra?
Que no será de amor me lo figuro,
que si tan vil y mentirosa fueres
yo nunca la diria... te lo juro...
Es de amistad... jamas: hay un infierno
dentro del corazon que la sofoca...
Qué palabra?... Cuál es?...

María. Será tan digna
del hombre que me amó!...

Arturo. Será muy dulce?

María. Muy dulce, sí... mi corazon, Arturo,
te la pide por Dios, por tu cariño,
por lo que quieras en el mundo ahora...

Arturo. Qué palabra? Cuál es?...

María. Si la pronuncias
sentiré tal placer!...

Arturo. (*Contemplándola.*) Cuánta belleza!...

María. Renacerá la paz del alma mia...
Te habré de bendecir!

Arturo. (*Id.*) Qué ojos tan bellos!

María. Enjugarás mis lágrimas ardientes...

Arturo. (*Id.*) Sentida luz de celestial ternura!

María. Y serás para mí tan bondadoso
como lo es Dios...

Arturo. (*Id.*) Qué lágrimas tan puras!...

María. (*Arrodillándose.*)
Perdon, perdon, á la infeliz María.

Arturo. Y es mentira ó verdad lo que me dices?...

María. Perdon...

Arturo. Le quieres?

María. Lo confieso.

Arturo. (*La levanta.*) Nunca...
Levanta, por piedad... arrodillado
estuve yo tambien cuando pedia
recompensa al amor que me abrasaba,
y la muger que mi demanda oia
me concedió su amor y me engañaba.

Temo engañarte yo, si te perdono,
que arrodillada estás...

Maria. (*Con resignacion.*) Haz lo que quieras.
Yo confieso mi culpa; yo creia
amarte con verdad... Ilusion triste
que ya despareció!

Arturo. Le quieres tanto?...
Responde la verdad... una vez sola.

Maria. Ay! si.

Arturo. No mas callar. Sabes, María,
el nombre vil y vergonzoso infame
que da la sociedad á la que engaña
el corazon de un hombre? á la que miente
amores y pasion? Has olvidado
que el corazon del hombre es una joya
rica y de tal valor, que se conserva
con religioso afan? Que es tal su brillo
que le empaña el aliento? que le empaña
hasta la luz del sol... porque le hiere
y le quema tambien? Sabes que nunca
se borrarán de tu querida mano,
de tu pálida frente y tu megilla,
el ósculo de amor? Que todo el fuego
de la pasion de tu cercano esposo
no le podrán borrar? Sabes que puedo
impedir ese enlace maldecido?
Que le puedo decir... Carlos, que miente,
que me ha mentido á mí?...

Maria. Jamas, Arturo.
No lo digas jamas...

Arturo. Está en mi mano
tu suerte... ya lo ves!...

Maria. Guarda secreto;
te lo ruego...

Arturo. Por quién?...

Maria. Por la memoria
de ese mismo cariño.

Arturo. Qué abatida!

Maria. Qué respondes, Arturo? Qué respondes?

Arturo. Qué te puedo negar cuando te adoro?
Ni una palabra para mí?

Maria. Dios mio!

Arturo. Ni una palabra para mi?
Maria. Qué quieres?
Compasion...
Arturo. Compasion!... Palabra fria...
antes morir. Cuando en amantes lazos
respires aire de entusiasmo y fuego,
estéril compasion para el que llora
y víctima infeliz de tus engaños
mas que ninguno por su mal te adora?
No, María, jamas... Ya sé mi suerte...
Yo la quise saber... no me arrepiento...
Nunca, en mi vida me asustó la muerte.
Maria. Arturo!...
Arturo. Al esclamar el sí que liga
tu vida á la de Carlos, cuando esperes
llegar tranquila y derramando amores
á los brazos del hombre que idolatras,
que serán para tí mayo de flores...
pisarás un cadáver...
Maria. Insensato!...
Arturo. (*Saliendo de la sala en el mayor delirio.*)
Pisarás un cadáver...

ESCENA V.

MARÍA. ARTURO. CARLOS.

Maria. (*Viendo llegar á Carlos.*) Dios eterno!...
Carlos. Arturo, dónde vas?
Arturo. (*Al ver á Carlos prorumpe en carcajadas.*)
Voy á vestirme.
Carlos. Hasta despues.
Arturo. A Dios... Es tan hermosa!... (*Se sonrie.*)
Carlos. Qué tendrá? Por mi vida, estás llorosa?
Maria. (*No aparta los ojos de la puerta por donde salió Arturo, hasta que se supone que lo pierde de vista.*)
No: (*Ap.*) es la horrible sonrisa del infierno.

FIN DEL CUADRO CUARTO.

CUADRO QUINTO.

ESCENA PRIMERA.

El teatro representa el gabinete de Arturo.

ISABEL.

Cuánto tarda mi Arturo! juraria
que en esta hora el pensamiento suyo
fijo en su madre está, fijo en María.
La ama con tal pasion, que me enamora.
Amada asi tambien, en otro tiempo...
época mas feliz!... esposo mio...
aun en la tumba tu Isabel te adora.
Te quitaste la vida por tu fama...
por ser honrado... entre miseria y llanto
tu mísera familia sumergiste...
y desde entonces, adorado esposo,
fué nuestra vida tan amarga y triste!...
Sin bienes, sin favor, de mí qué fuera
si mi adorado hijo, si mi Arturo
mi flaca ancianidad no sostuviera?
No piensa mas que en mí y en su María.
Cuánto tarda esta noche!... Santo cielo...
bendita tu bondad!... Ella le envia.

ESCENA II.

ISABEL. ARTURO.

Arturo. Madre del corazon!
Isabel. Arturo mio...
Arturo. Infame! maldicion!...
Isabel. Hijo, silencio...
no maldigas á nadie...
Arturo. Quien engaña
cobardemente el corazon que adora,

y al desgarrarlo para siempre, ó madre,
ni da un suspiro, ni afligida llora,
no merece que el brazo omnipotente
descargue su poder en su cabeza,
que hunda en el polvo su villana frente?
no merece que el mundo avergonzado
como padron la mire de la tierra,
que la tierra á sus pies abra un abismo
y la sepulte en él y en él la esconda?
No merece la burla de los hombres,
el desprecio de todos? no merece
que en vez de bendecir se la maldiga?

Isabel. Silencio, por piedad, hijo querido...
no olvides que soy madre: por ventura,
ó mi Arturo, olvidastes un momento
que yo respiro aún, y que te adoro?
Qué tienes, amor mio? Algun ingrato
engañó tu honradez, tu inesperiencia?
Si tal ha sido tu desgracia, Arturo,
olvídalo tambien; el que perdona,
si merece la burla de los hombres
en el cielo le espera una corona.

Arturo. Ya lo sé; ya lo sé... (*Con amargura.*)

Isabel. Cuál es entonces
la causa de tu mal?...

Arturo. No sé esplicarla...

Isabel. Secretos con tu madre?...

Arturo. Aunque quisiera,
imposible sería declararla.

Isabel. Arturo!...

Arturo. Qué infeliz! loca esperanza!
desgraciada pasion! La mente mia
perdida en ilusiones dilataba
este mundo falaz á lo infinito!
Cuando en mi daño, ó por mi bien veia
aquella frente pálida, sus ojos,
la risa de sus labios hechicera,
y al mirarla tan dulce me embebia;
cuando el acento de su voz sonaba,
y aqui en el fondo de mi pecho ardiente
melancólico y triste se apagaba;
cuando mi mano apasionada, pura

como la luz del sol, el sentimiento
del corazon, la fé de mis amores
apretando la suya le esplicaba...
cuando esquiva á mi amor yo la veía,
y ¡ay! en secreto su esquivez lloraba,
yo creía que el mundo de los hombres
era el mundo de Dios, era ese cielo
inagotable fuente de ventura,
de nuestros males último consuelo.
Yo la ví, como el angel de mi guarda,
yo la adoré tambien... La luz del dia
era la luz brillante de sus ojos...
el color apagado de la luna,
el color de su pálida megilla...
el blando aroma de la flor naciente,
el aliento suave de su boca...
de Abril y Mayo las galanas flores
su megilla, sus labios y su frente...
pero olvidé que el sol todo lo quema,
que no alumbra tan solo; que las nubes
oscurecen la luz de las estrellas,
que el áspid vive y en la flor se oculta;
paciencia!... lo olvidé... paciencia, Arturo!...

Isabel. No respondes?

Arturo. Escucha. Esta mañana,
cuando dejé tu lado, madre mia...
todo era paz, tranquilidad... sereno
el sol brillaba en la celeste esfera...
ni una nube... recuerdo lastimoso
del bien que ya perdí! la paz del alma!...
quise verla no mas, porque el delirio
creciese del amor que la tenia...
y que la tengo aún... á poco rato
se oscureció la bóveda del cielo...
rugió la tempestad en mi cabeza,
y aqui en mi corazon clavó su rayo...
le abrasó para siempre... para siempre!
Me entendeis? es verdad? aquella niña
no era inocente ya... mengna es decirlo!
La hermosa no abrigaba mis amores,
mofábase de mí... se sonreía...
me señaló la frente de un mancebo...

una frente de nieve... blanca, fria...
unos cabellos rubios... unos ojos...
bellos á la verdad, grandes, rasgados,
pero sin fuego, sin pasion, sin vida;
me señaló para mi mal su pecho:
me dijo que le amaba, y á su lado,
madre, si vi un altar, tambien un lecho.
María... qué impiedad!... Era María!

Isabel. Qué enamorado está! Cosas de niño!
celos!... mi pobre Arturo.

Arturo. (*Ap.*) Y quién me impide
acabar de una vez tantos dolores?
Quién me impide acabar con sus engaños
y tambien con mi amor?... Es un momento
y eternamente paz!... Eternamente!
Arturo! qué impiedad!... Nada me liga
con este mundo ya! desamparado...
sin quien mitigue mi dolor profundo...
sin amor, sin María... es necesario,
indispensable abandonar el mundo.
Cumpliré mi palabra... Y en mi tumba,
no correrá una lágrima siquiera...
una no mas...

Isabel. Arturo... qué bobada!
le dejaré... imposible que me escuche...
celos?... inspiracion! cuánto padecen!
pero pronto lo olvidan... Poesía!

Arturo. Ni una lágrima...

Isabel. Arturo... A Dios, Arturo...

Arturo. (*Abrazándola.*) Necesito llorar, ó madre mia!...

ESCENA III.

ARTURO. (*Saca su cartera y de ella las cartas de María. Las recorre con la mayor agitacion.*)

«*Sea usted muy feliz, y no dude que cada letra de us-*
»*ted es para mí una prenda querida de mi corazon...*
»*Siempre me acuerdo de usted, siempre... Acuérdese*
»*usted de mí; lo pido muy de veras.*»

Esta la primera fué...

Me hizo sentir tal consuelo...
Como una prenda del cielo,
me acuerdo que la besé...
me acuerdo que la estrechaba
á mi pobre corazon;
me acuerdo que en mi pasion
con mi llanto la borraba,
que era ardiente el que vertian
mis ojos... recuerdo triste!...
en lo mas profundo existe...
Mis cantos la bendecian!...
Y las noches las pasaba
de ilusion en ilusion,
y mi pobre inspiracion
á María consagraba!
María... nunca... por Dios...
Antes la muerte que olvido.
María, no hemos nacido
para adorarnos los dos!... (*Lee otra carta.*)

. . . . . .

. . . . . .

Valen tanto para tí
las palabras de mi pluma!
y tu cariño es en suma
el recuerdo que hay en mí!
Así quieres tú, María?
Qué mal modo de querer!
Dar tormento por placer!
En noche tornar el dia!
Arrancar del corazon
esa esperanza risueña
de ser feliz!... Cómo sueña
el que ama con tal pasion! (*Lee otra carta.*)

. . . . . .

. . . . . .

ESCENA IV.

ARTURO *y* CARLOS. (*Entra por el fondo.*)

Carlos. Qué diablos estás haciendo?
Qué tienes? Por qué me dejas

á lo mejor? Vaya, amigo,
que es mala correspondencia!
Arturo. Carlos!
Carlos. Te asustas de mi?
Arturo, no me contestas?
Es esta, poeta insigne,
aquella amistad, aquella
que me juraste de nuevo
de María en la presencia?
Apenas llego á Madrid
de las orillas del Sena
y el lazo que nos unia
de la amistad se renueva,
«mi corazon es el mismo,
te digo; como lo era
es tuyo tambien ahora.»
Y cuál es la recompensa
de tan franco proceder?
Ocultarme tú las penas
tal vez horribles, Arturo,
que devoran tu existencia?
Es esta amistad?...
Arturo. Lo es...
Carlos. Lo es? Donosa respuesta!...
Arturo. Lo es, si...
Carlos. Jesus! qué acento!
Está mala tu cabeza...
Arturo. Mi mal es del corazon
á quien fieras atormentan
una palabra de honor
y de amor la llama inmensa:
de un corazon engañado,
vendido por la que deuda
con él tiene de cariño...
de un corazon que se encuentra
ya solo y abandonado.
Carlos. Celoso estás de tu bella
por lo que veo.
Arturo. No, no...
Carlos. Y por qué te desesperas?
Arturo. Por tí, por ella, por mí...
por el cielo, por la tierra,

por todo, y no sé por qué...

Carlos. Vamos, Arturo, serena
ese delirio de amor,
y nunca olvides que yerra
el que fia en las palabras
de una muger.

Arturo. Y si fueran
mas que palabras? Si yo
en su megilla hechicera
hubiera grabado el beso
de una pasion como esta...

Carlos. Mas facil es el remedio...
pasar tu mano derecha
por tus labios y Laus Deo:
el beso de mas firmeza
se borra con agua clara.

Arturo. Carlos, por piedad no enciendas
la ira en mi corazon;
cuidado no se desprenda
este torrente impetuoso
que pone á raya mi lengua
y en un momento destruya
las ilusiones que alienta
el alma que embebecida
se cree feliz y contenta
porque tiene un porvenir
cercano y que lisonjea.
Cuidado, Carlos, cuidado,
que esa sonrisa que juega
por tus labios en sardónica
de alegre no se convierta.
Ves el cielo? Muchas veces
brillante color ostenta
con un sol aun mas hermoso,
sin una nube que pueda
empañar su bizarria,
ocultar su luz soberbia,
y á lo mejor se oscurece
porque de la mar se elevan
nubes cargadas de agua,
nubes cargadas de piedras.
Estas piedras se desploman

sobre alcázares que cuentan
tres siglos de artigüedad
y esos alcázares ruedan,
y solo escombros y ruinas
y horrible soledad resta.
Cuidado, Carlos, cuidado,
que esa sonrisa que juega
por tus labios, en sardónica
de alegre no se convierta.
(*Ap.*) No voy á poder callar.

Carlos. Es sermon, ó es advertencia?
No tengas cuidado, Arturo,
yo sé lo que valen ellas:
y valen muy poca cosa...

Arturo. Ojalá que cierto fuera!...
Ojalá que el corazon
las odiára! Cuántas penas...
si el mundo asi las mirase,
de menos en mi existencia!...

Carlos. Qué es esto? llorando estás!...

Arturo. Yo lágrimas? Qué vergüenza!
No es vergüenza, no; lloremos,
que las lágrimas consuelan.

Carlos. Ven, Arturo, ven conmigo...
me da compasion de veras.
Ven á casa de María...
La perspectiva ruisueña
de dos seres que se amaban
y logran la recompensa
de su cariño, tal vez
alivio dará á tus quejas.
María es tan cariñosa,
tan dulce, tan halagüeña,
tan compasiva, mi Arturo,
que ella será la primera
en enjugar esas lágrimas
que derramas por tu bella.

Arturo. Me rasgas el corazon:
cese, por piedad, tu lengua
de atormentarme: ya sé
que soy testigo en la fiesta
que llamas tu boda, tú,

mas sé tambien y me cuesta
toda una vida en saberlo
que la muger se recrea
en engañar á quien la ama
con una pasion sincera.
Crees tú por ventura, Carlos,
que esa hermosura que llevas
á tu tálamo nupcial
ha sido siempre discreta
guardadora de su fé?...
Insensato! Si supieras...
que esa María mintió
cien amores en tu ausencia...

Carlos. Arturo, es verdad?

Arturo. Lo ves?
qué se ha hecho la paciencia?
no dices que valen poco?...

Carlos. Arturo, es verdad?

Arturo. Si fuera,
olvidando esa muger
pagarias su insolencia,
supongo yo, con odiarla?
olvidarias aquellas
horas felices de amor
en que eras feliz á espensas
de un porvenir espantoso?
No la dirias, es mengua
llevarte al altar, María?
Tú has faltado á tus promesas;
eres vil, eres infame...

Carlos. No, no; su muerte...

Arturo. No es ella,
no es ella, no es tu María...
que ella viva aunque yo muera...
No venderé su secreto!...

Carlos. Vamos, Arturo, sosiega
tu inquietud, que ya la hora
de mi ventura se acerca.
Tardarás mucho en vestirte?

Arturo. No tardaré...

Carlos. Tu presencia
es necesaria.

Arturo. Lo sé... (*Sonrisa irónica.*)
Carlos. Buen Arturo, á Dios te queda.
Cumplí su orden...
Arturo. María...
Carlos. Vendré por tí...
Arturo. Como quieras.

ESCENA V.

ARTURO *se acerca apresuradamente á la mesa y escribe la siguiente carta.*

«*No se culpe á nadie de mi muerte; la vida me era insoportable: sé que cometo un crimen; el castigo será horrible.* = *Arturo Carbajal.*»

Nadie padezca por mí,
por esta horrorosa ausencia
del mundo; de mis amigos
habrá algunos que se crean
mas dichosos desde entonces...
Su vanidad es tan necia,
y es tanta su envidia... Imbéciles!
Los aplausos que resuenan
en mis oidos son mios...
no comprados con bajezas...
son fruto de mis afanes
y tal vez de la indulgencia... (*Saca las cartas de María y las arroja al fuego despues de besarlas.*)
Prendas de amor, pereced...
que no es justo que perezca
tan solo y abandonado,
quien con vosotras, ó prendas,
partió su vida en el mundo,
sus venturas y sus penas... (*Los ojos fijos en la chimenea.*)
Esa es la vida: há muy poco
qne ese papel algo era
en este mundo: ya, nada...
Apenas me acuerdo de ellas.
El retrato de mi madre... (*Saca el retrato.*)

mi madre que se deleita
en abrazarme... infeliz!
Ella guardó mi inocencia;
ella besó mi megilla
y ahora tambien la besa...
Pobrecilla!... llorará
la infeliz cuando lo sepa... (*Toca la campanilla: se presenta Anselmo en la puerta del fondo.*)
Anselmo, quiero vestirme... (*Empieza á vestirse con el mayor esmero, parando sin embargo la atencion á cada ruido que siente. Finalizada su toilette dice:*)
Dila á mi madre que venga.
Mucho tarda Carlos, mucho... (*Abre la caja de las pistolas y se las guarda en el bolsillo del frac despues de examinarlas.*)
Están corrientes. Quién entra?

ESCENA VI.

ARTURO. ISABEL.

Isabel. Qué quieres, Arturo?...
Arturo. Madre...
es un recuerdo infernal!...
hoy es la noche fatal
en que se mató mi padre...
Isabel. Hoy... sí... trece de Febrero...
Qué dia tan maldecido!
Te acuerdas? Yo no le olvido,
Arturo, por mas que quiero.
Adónde vas tan compuesto?...
Arturo. Un rato de sociedad...
Isabel. A ver tu hermosa.
Arturo. Es verdad...
Isabel. Este lazo va mal puesto...
Asi está bien...
Arturo. Madre mia...
Isabel. Si te amo con tal amor
que eres para mí el mejor
de los galanes del dia.
Arturo. Me quieres mucho?

Isabel. Deliro,
hijo adorado, por tí...
Tú me quieres mucho á mí?
Arturo. Dame un abrazo... Respiro!
Desahogué mi corazon
por un momento... (*Entra Anselmo.*)
Ansel. Está el coche
aguardando á usted...
Arturo. (*Ap.*) Qué noche
tan horrible en mi pasion!...
Isabel. Ya te vas?
Arturo. Infausta suerte!...
Isabel. Sin abrazarme...
Arturo. Quién?... Yo?... (*La abraza.*)
(*Ap.*) la besaré tambien... ah! no:
fuera el beso de la muerte... (*Sale en la mayor agitacion.*)

FIN DEL CUADRO QUINTO.

CUADRO SESTO.

ESCENA PRIMERA.

Habitacion de María. Un tocador, una caja encima de una silla.

MARÍA. LEONOR.

María. (*Mirándose al espejo.*)
Estoy muy bella, Leonor?...
Leonor. Sí, señora; muy hermosa.
Me parece que esta rosa...
María. Quebrada estoy de color...
Tengo razon, Leonor mia?...
Leonor. En lo bella y lo galana
es usted de una mañana
de Mayo la aurora fria.
María. Muy pálida está la frente.
Leonor. Es verdad.
María. Por qué será?
Leonor. Sin duda retratará
de usted la pasion ardiente.
Y color tan amoroso,
tan romántico, señora,
será prueba de que adora
usted al futuro esposo.
María. Inútil fuera negar
lo que siente el corazon:
con todo, tanta pasion
ma ha de dar algun pesar.
Que temo con fundamento
grande y cercano dolor...
no dice bien esta flor...
Leonor. La quitaré en el momento...
María. Dame otra, Leonor.
Leonor. Y cuál?
María. Dame esa caja, muger;

estás muy cansada... á ver...
tambien esta me va mal...

Leonor. (*Ap.*) Válgate Dios por las flores!

Maria. (*Registrando la caja de las flores encuentra un pliego de papel doblado á manera de carta.*)

Qué es esto? Un papel aqui?... (*Le abre.*)
Ya me acuerdo!... lo leí...
buen Arturo, en tus amores. (*Se enternece.*)
A qué viene esta afliccion?
Llorar por el que no quiero!...
Yo quise á Carlos... primero
con todo mi corazon...
Yo le engañé, pero ya
desenojarle sabré...
yo perdon le pediré,
y él su perdon me dará...
Qué marchita está la flor!
Arturo infeliz!... leeré...
Quizá asi conseguiré
que este recuerdo de amor...
desaparezca... Tu alma,
ó poeta, es toda fuego...
benigno escucha mi ruego
y mis inquietudes calma. (*Abre el papel y lee la siguiente composicion.*)

A UNA FLOR.

Pobre flor! Llena de aromas
has venido á poder mio;
y yo marchita te envio
á las manos de mi bien;
Y al verte mi Laura bella
sin la gala en tus colores,
abatida y sin olores,
dirá, quién te manda? quién?
Dile tú, pues de mi boca
recibistes el aliento,
y en él el amor que siento
y abrasa mi corazon;
Que muere cuanto se acerca
al mísero que te envia,

que eres flor que fuistes mia
y es un fuego mi pasion.
Que eras galana y hermosa
cuando llegaste á mi mano,
que yo de mi dicha ufano
te besé, misera flor...
Y que el beso que te di
mató tu esplendente gala,
que el rayo del sol no iguala
en lo que abrasa á mi amor.
Si esto la dices, tal vez
mi Laura compadecida
de ti, mi flor de mi vida,
en su seno te pondrá;
Y en él oculta y guardada,
allí que es cielo de amores,
allí que es Abril de flores,
tu brillo renacerá.
Y si Laura cuidadosa,
porque has sido mi tesoro,
derrama en tus hojas lloro,
y te besa, pobre flor!...
Verás que pronto recobras
esa tu gala perdida,
que un beso suyo da vida
lo mismo que el Criador.
Yo me acuerdo todavia,
que rendida su esquivez,
besé su boca una vez,
qué boca tan dulce!... sí!...
Y al besarla... te diré...
sentí una pena... un consuelo...
la dicha del mundo... el cielo...
yo no sé lo que sentí!...
Y despues... recuerdo triste...
una horrible desconfianza
va matando la esperanza
que tuve un tiempo en su amor...
La dirás... ah, no;... silencio...
no la demos un pesar,
cuando tú vas á buscar
tu gala en su seno, ó flor!...

Leonor. Llora usted, señora?
Maria. (*Enjugándose los ojos.*) No.
Pobre poeta!...
Leonor. Algun mal
le ha sucedido?
Maria. No tal...
Leonor. No tardará...
Maria. Qué sé yo!...

ESCENA II.

MARÍA. LA BARONESA. LEONOR.

Baron. María, no tardes tanto.
Maria. A Dios, mi madrina, á Dios...
Solas estamos las dos...
Baron. Hola!... Señales de llanto...
Maria. No he llorado, Baronesa.
Baron. Jurado hubiera que sí.
Leonor. (*Ap.*) Qué hermosa!...
Maria. (*A la Baronesa.*) Quién está ahí?
Baron. El Vizconde.
Maria. Y la Marquesa.
Baron. El Baron.
Maria. Cuánta bondad!
Tanta grandeza y tan rica
pudo entrar?...
Baron. La puerta es chica...
mas ya se ve... tu beldad!...
Maria. No quiero mal al Baron.
Baron. Estan Fernando, Juliana,
la Generala, doña Ana
con su rancio cronicon,
y en la gorrita una pluma.
Maria. Hay mas gente?
Baron. Sí; tu tia
Rita, Juana, el de Gandia,
y el hijo de Motezuma.
Maria. El primero siempre.
Baron. Sí;
en todas partes está;
no me muevo de aqui á allá

sin encontrármelo allí...
Y el novio, María? dónde,
dónde está? que verle quiero...

María. No lo sé...

Baron. Mal caballero,
mal galan, por qué se esconde?...

ESCENA III.

MARÍA. LA BARONESA. MARIANO. LEONOR.

Mar. Hola, primita, qué tal?
estás ya vestida en regla
por lo que veo. (*A la Baronesa.*) Qué hermosa
está usted hoy y qué bella!
No me gusta á la verdad (*A María.*)
ese prendido que llevas
en la frente, ni la espalda
de tu vestido... quisiera
mas sencillez, mas soltura... (*Observando la cadena arrollada en la muñeca, de la que pende el reloj.*)
Es muy bella esa cadena!

Baron. Siempre tan docto en los trages
de las hermosas...

Mar. Vergüenza
seria no descifrar
sus encantos, Baronesa.

Baron. Es usted muy complaciente...
muy galante...

Mar. Sí?...

Baron. De veras.
Quien como usted en el Prado
entre damas se pasea
y amante de nuestras gracias
la conversacion desdeña
de política española
y política estrangera;
quien como usted se consagra
á decirnos mil ternezas,
ora elogiando el primor
de nuestros rizos y trenzas,

ora el donaire gentil
de nuestro talle, debiera,
mas que bigote y perilla,
ostentar en su cabeza
un sombrerillo de paja,
una capota de seda.

Mar. Bien haya, amen, esa boca
tan dulce, tan hechicera
que me pretende vestido
lo mismo que una belleza.

Baron. Oh! que es usted muy galan.

Mar. Muchas gracias, Baronesa.
Ojalá te oyese Arturo! (*Riendo.*)
Se moriria de pena,
y de envidia...

Maria. Pobre primo!
tan endiosado con ellas
y todas se burlan de él.

Mar. Bella prima... y el poeta?
Ese misantropo nuevo
que adora con aspereza,
que dice que á las mugeres
es necesario quererlas
y no lisonjear su orgullo
con palabras, que si suenan
dulcemente en sus oidos,
á su corazon no llegan?...

Maria. No ha venido todavia.

Baron. (*Con ironía.*) Hoy es dia de gran cuenta
para él.

Maria. No sé por qué.

Baron. Estará escribiendo endechas
melancólicas; tal vez
llorando la hora aquella
que conoció la hermosnra
que acibára su existencia.

Maria. Dejémosle: ya vendrá.

Baron. (*Ap. á María.*) Te acuerdas de él?

Maria. Sí; me queda
un recuerdo todavia,
y muy profundo...

Baron. No tengas

cuidado. Dentro de un mes,
ó antes segun mi cuenta,
de ti no se acordará.
María. Quiera Dios que así suceda!...
Baron. Ojalá!...
María. Quién es?...
Un criado. (*Entra.*) Don Carlos...

ESCENA IV.

MARÍA. LA BARONESA. CARLOS. ARTURO. MARIANO. LEONOR.

María se dirige á recibir á Carlos sin reparar en Arturo.

María. Querido Carlos...
Arturo. Paciencia!
Muy pronto se acabará
este tormento cruel...
Carlos. María!...
María. (*Repara en Arturo.*) Dios mio!... Es él...
Qué melancólico está!...
Arturo. Saludo á usted, Baronesa.
Baron. Á Dios, Arturo...
Arturo. (*Saludando á María.*) María...
María. Á Dios... Ay!
Carlos. (*A Arturo.*) Por vida mia
que te alegres...
Arturo. Es empresa
mas que difícil, amigo...
el mal es del corazon.
María. (*A Carlos ap.*) Qué tiene?...
Carlos. (*Ap. á María.*) Nada... ilusion!...
María. (*A Carlos.*) Si está enojado conmigo!...
Carlos. (*A Arturo.*) Sabes lo que dice?
Arturo. Qué?
Carlos. Si tú enojado con ella...
Arturo. No; jamas con una bella
enojarme yo podré...
Baron. Siempre tan triste!...
Arturo. Y que mal
hay en esto? Pizpireta,
es usted viva...

Baron. Y coqueta.
Mar. Y tambien tan celestial!... (*Se desprende una flor que lleva la Baronesa.*)
esta flor se va á caer...
del cielo descenderá.
Baron. Qué tal tu primo, María?...
Mar. Deme usted un alfiler...
Ya está sujeta...
Arturo. (*Ap.*) Borron
del hombre son estos hombres
que tienen de tal los nombres
y no tienen corazon.
Imbéciles! Siempre asi...
De qué sirven en el mundo
si les falta este profundo
sentimiento que hay aqui?...
María. (*Ap.*) Está muy triste...
Carlos. (*A María.*) Los celos
que tiene de una hermosura...
Consuélale tú...
María. Locura.
Carlos. Y tu amor?...
María. Saben los cielos
que lo haria... pero no...
Si nada conseguiré...
ademas... no hay para qué.
Carlos. Y si te lo ruego yo?...
María. Qué tiene usted, que tan triste
presencia mi casamiento?...
Arturo. Nada tengo... (*Ap.*) No, que miento.
María. (*A Carlos.*) Ves? á mi súplica resiste...
Arturo. No, María: es ilusion
de la amistad... nada mas...
(*Ap.*) Pronto alegre me verás...
y tranquilo el corazon...
Doy á usted la enhorabuena,
María...
María. (*Conmovida.*) Gracias, Arturo:
calle usted.
Arturo. Amor tan puro
halló su premio.
María. (*Ap.*) Qué pena! (*Reparando en la*

caja que coloca Arturo sobre el tocador.)
Qué es eso?...

Arturo. Esta caja?...
María. Sí.
Arturo. Es un *cadean* para usted.
María. Veamos.
Arturo. (*Sonriendo.*) No hay para qué...
Aun no...
María. Si es para mí?...
Arturo. Si no ha llegado la hora...
María. (*Ap.*) Cárdenos sus labios rojos...
no sé qué leo en sus ojos
que me estremece...
Arturo. Señora...

ESCENA V.

MARÍA. LA BARONESA. ARTURO. CARLOS. MARIANO. LEONOR. UN CRIADO.

Criado. El señor Obispo...
Carlos. Vamos...
María. Si papá estará impaciente... (*La Baronesa da el brazo á María.*)
Carlos. Oh!... madrina complaciente....
Arturo...
Arturo. Voy...
Carlos. Que aguardamos...

ESCENA VI.

ARTURO.

Quede, Arturo, tu valor
y tu palabra cumplida,
que vale poco la vida
sin amistad, sin amor...
Y qué es mi muerte en rigor?...
Saber adónde he de ir!
no mirar y no reir...
y bajo la losa triste
olvidando lo que existe

no llorar y no sentir...
Y qué vale este sediento
deseo vivo y profundo,
este afan que llama el mundo
del corazon sentimiento?
Es algo mas que un tormento,
una flecha rasgadora,
que hiere cuando se llora,
que hiere con el placer,
juguete de la muger
que el hombre imbécil adora?...
. . . . . .
. . . . . .
Su imagen!... Y para qué
me sirve su imagen pura,
si amor y constancia jura
y luego falta á su fé?...
Ay! nunca lo olvidaré!...
me dijo... yo te amo, yo...
y la traidora mintió...
María... funesta suerte!...
Valor... Vale mas la muerte,
que ver la que me engañó. (*Saca una pistola.*)
Y mi madre?... madre mia...
Esta noche al abrazarla
tuve miedo de besarla,
que por siempre la perdia...
Mañana al nacer el dia
habrá de indagar por mi...
y la dirán... Está allí...
pereció como su padre...
llora mañana, mi madre...
que hoy llora Arturo por ti...
Es verdad; yo facilmente
podré acabar mi existencia;
mas de Dios en la presencia
apareceré inocente?...
Podré levantar mi frente
diciéndole... pura va?...
No: Dios me preguntará
con la ley de la virtud,
«*Suicida, tu ataud*

en qué lugar santo está?»
Qué idea tan espantosa!...
Morir y morir maldito,
y no poder en bendito
lugar colocar mi losa!...
Terrible ley, enojosa!
El que asesina, el ladron,
encuentra en la religion
de su desgracia el consuelo,
y despues perdon y un cielo...
Yo ni un cielo, ni perdon!...
Condenacion! El Eterno
recompensa estos amores
no con guirnaldas de flores,
con las penas del infierno...
Muger!... mi cariño tierno
ya ves si ha sido verdad...
sacrifiqué la amistad
á una pasion imprudente;
y ademas te hago el presente
de una horrible eternidad...
Si una lágrima siquiera
de sus ojos desprendida
sobre mi tumba caida
triste consuelo me diera!...
Si un ¡ay! doliente saliera
del corazon de María,
Arturo bendeciria
su amarga y funesta suerte,
y de ese cielo la muerte
con placer recibiria...
Pero ¡ay me! Su hondo gemido
será un lamento de amor
en brazos de su señor
y en sus caricias perdido...
Su llanto el fruto querido
será de amor, y primero...
á qué atormentarme quiero
con un porvenir tirano?... (*Monta la pistola.*)
Máteme pronto mi mano,
que poco á poco me muero...
Memoria de mi Maria... (*A la caja.*)

á Dios para siempre, á Dios...
prenda hermosa de los dos
que fuiste suya y hoy mia... (*Rumor dentro.*)
Qué! Satánica alegría!...
Un altar se ha alzado allí
que te separa de mí...
la bala que ahora zumba
es la que eleva la tumba
que me separa de tí. (*Dispara y cae.*)

ESCENA ÚLTIMA.

A la esplosion salen TODOS.

Carlos. Arturo... Da compasion!...
María. Ay! (*Cae en brazos de Mariano.*)
Mar. Su dolor mitiguemos...
Imbécil!...
Carlos. No: respetemos
su desgracia y su pasion.

CAE EL TELON.

FIN DEL DRAMA.